

## ...Y EL VINO COMO ALIADO”.

Recordaba siempre ese verso hacia el tramo final de mis conferencias. Si estaba cansado o casado, o ambas cosas, terminaba con una reverencia. Si no, lo hacía mirando fijamente a los ojos de una mujer que, antes de subir al estrado, me había encargado de que estuviera sentada lo más cerca posible de él.

Luisa me mantuvo la mirada en un duelo infinito de diez segundos.

-Tengo un vino que juega con la sed, -me dijo mientras me estrechaba la mano cuando bajé. No recuerdo si le gustó o no mi conferencia.

-La única forma de que sea verdad lo que dices es que lo beba de tus labios, -respondí en tono donjuanesco pero sin chulería, para mi sorpresa.

Dejó que saludara a los que me contrataban, un año más, para abrir con un pregón las primeras botellas de cada cosecha y se escurrió sin ruido.

A la salida, otra mirada de Luisa desde su coche me hicieron olvidar unas frases tan contundentes como la primera, las que según mi experiencia causan gran impacto. También mi abrigo y mi coche. Subí sin preguntar y cada vez que volvía la cara hacia mí mientras conducía, su sonrisa sin terminar impedía cualquier estrategia de conquista.

-El tiempo del primer beso está a punto de ser superado con creces, -dije sin poder evitar un toque de colegial en la voz.

-Hay tiempos para medirlo todo, pero el del primer beso es inmedible-. Esta vez, en el duelo de miradas me derribó y caí hacia el respaldo del asiento.

Acariciar despacio, abrazar fuerte, susurrar que no hay nada más... ya no creía en nada de eso mientras viajábamos en la noche. No pude recurrir a la Luna, que trasnochaba tras un par de semanas de letargo y las estrellas hacían lo que podían, luchando contra millones de farolas de luz prestada y chirriante.

Sin embargo, el avanzar suave del coche me serenó. La noche era por fin lo oscura que tenía que ser y Luisa detuvo el coche.

-Salgamos a respirar, -me dijo.

Valía la pena. Porque el aire, viniendo hacia mí, traía olor de árboles húmedos mezclado con su perfume. Volví a organizar en mi cabeza mi ejército de frases para reiniciar el asedio. Concederle haber elegido el campo como campo de batalla era un aliciente más.

-Hay una leyenda que nació aquí, en este pedazo de tierra, -me dijo.

-Es una leyenda que nació de mujer, hombre y vino. La conozco, -respondí-. No me oriento bien, pero estamos en Requena y no hemos viajado mucho.

Otra media sonrisa interminable. La poca luz era la suficiente para reflejarla.

-¿Qué crees que brotaría si claváramos una espada en esta tierra?, -me preguntó.

No supe qué pensar. Y sin pensar respondí.

-Vino, vino rojo y fresco. La sangre de la tierra-. Respondí con miedo, sin saber por qué lo dije.

-Aún no sé si eres quien tendría que hacerlo, pero te he elegido.

No sé de dónde sacó la espada. Cuando la tuve en mis manos, no hice esfuerzo alguno y se hundió hasta la empuñadura. Una fuente de color rojo contra lo oscuro de la noche y dos copas llenas. Eso es lo que puedo recordar.

Su cuerpo sí resplandecía al avanzar hacia mí. Le ofrecí una de las copas y brindé por su belleza y su sonrisa, que volvió a aparecer cuando notó que me temblaban las manos.

-La leyenda dice que antes de probar mis labios deberás probar mi vino.

Probé ambas cosas.

Nunca he bebido ni amado con prisas. Lo he aprendido bien de cada mujer, de manera irreplicable. Y destacar la dulzura de una piel es esquivar el recuerdo de otras dulzuras. Es mentir al pasado, que es inamovible. Y es traicionar una palabra de amor dada, por más efímera que fuera su esperanza de vida. Pero Luisa fue la última desde entonces hasta hoy, y tantos años después de aquello sigo soñando la noche primera de su vino y su piel.

Me dijo que era una bruja buena a la que regalaron el alma de la dama Sol, la que hizo reír al dios Baco y éste hizo inmortal como regalo. La creí. Sigo dando charlas con una diferencia: Termino con la mirada fija en el mismo asiento.

\* \* \* \* \*

Llevaba tras él toda mi vida. Desde el colegio, aunque nunca me mirara. Calculé cien veces el camino, llegué a recorrerlo a ciegas, hasta que el ruido de cada metro bajo las ruedas me conducía al trozo de tierra deseado, donde enterré un barril de vino, el que conseguí que perforara con una espada para beberlo juntos y amarlo a destajo hasta que llegó el amanecer. No hubo necesidad de más trucos y sólo he tenido miedo una noche: La que vino la dama Sol para recoger su espada.